



regla general, en la clase de ciencias, el capítulo dedicado al aparato reproductivo solía pasarse por alto. La educación general estaba marcada por la moral religiosa en la que el sexo era un gran peligro llevado hasta la exageración.

El miedo al embarazo se nos inculcaba desde el día de nuestra primera menstruación sin explicarnos con exactitud los pormenores del coito lo que en muchas ocasiones provocaba situaciones de angustia, especialmente entre las más escrupulosas. La masturbación era un pecado inconfesable para nosotras aunque algunas creíamos que algo tan placentero nos acercaba más a los dioses que al demonio. Los besos en la boca también estaban en la lista de prohibiciones que iban encaminadas a protegernos de la fogosidad masculina. Sin embargo nadie me dijo lo que yo no debía hacer a los hombres y debo confesar que esta ignorancia, estimulada por mi sensualidad y mi enamoramiento, puso a mi novio en un serio aprieto más de una vez...

Desde entonces, desde aquella remota noche de bodas, he recorrido un camino muy largo. Durante mucho tiempo estuve esperando algo que (yo no lo sabía) no me podía llegar desde fuera, porque era algo que estaba en mi luchando por salir, esperando que yo le diera permiso. Descubrir que mi sensualidad es mía y que soy libre para disfrutarla sola o compartirla si me apetece, ha sido un trabajo que me ha llevado muchos años. Si alguien me hubiera contado, como se lo he explicado a mis hijas e hijos, que aquellas cosquillas, aquel vacío, que notas en el estómago, que te va bajando hasta llegar a los genitales, cuando alguien con quien te sientes bien te coge la mano o aprieta su cuerpo contra el tuyo mientras suena la música, es algo bueno y que debes

sentirte feliz y agradecida de tener este don, y debes disfrutarlo, si yo lo hubiera sabido entonces, tal vez mi camino no habría sido tan largo. Las mujeres de mi edad, especialmente las que nos casamos jóvenes, siguiendo el mismo mandato de nuestras madres y abuelas, cuando vimos que fuera de nuestros hogares el mundo cambiaba sin contar con nosotras, nos sentimos estafadas y este sentimiento nos hizo más fuertes. Las más valientes y arriesgadas, entre pañales, trabajos domésticos y trabajos extras para ayudar a la economía familiar, leíamos libros sobre sexo para aprender lo que nos fue negado saber. Algunas tuvimos relaciones extramatrimoniales que nos ayudaron a descubrir el sexo libre y las más afortunadas pudimos instruir a nuestros maridos que eran tan ignorantes como nosotras y de esta forma disfrutar de nuestro cuerpo.

Mi relación con mujeres comprometidas con el feminismo, formar parte de grupos de reflexión para compartir experiencias y descubrir los propios deseos, me ha ayudado a vivir de forma consciente las dificultades, la pérdida de una hija, y también la felicidad de ver nacer a mis tres nietas y cuatro nietos.

Soy feliz de pertenecer al grupo de mujeres mayores que puede bañarse en "topless" delante de sus nietos sintiéndose orgullosa de su cuerpo de 64 años después de seis embarazos y una operación de cáncer que dividió mi vientre por la mitad. Me gusta llevar ropa de colores y lucir un escote generoso, me gusta que mi nieta me pida permiso para ver como me pongo crema en el cuerpo antes de ir a dormir y me hace sentir viva despertarme a media noche con un orgasmo. Pienso que nadie me ha regalado nada, pero ha valido la pena.

Susana Martí

13

se ha terminado La dictadura de Las hormonas

Ahora me siento dueña de mi deseo. Es una extraña sensación, una nueva experiencia.

Empezó hace unos meses, ahora no recuerdo cuantos, desde la última menstruación, tal vez; descubrí que ya no sentía esa necesidad imperiosa que me había acompañado desde la adolescencia. Sentía tranquilidad en el cuerpo, ya no tenía el cosquilleo generalizado que había de satisfacer y más en unos días del mes determinados.

Al darme cuenta de esta realidad, un cambio inesperado no previsto, me sentí profundamente liberada.

Mercè Fuentes